

Luis Morote Creus

**SAGASTA. MELILLA. CUBA.**

Edición facsímil con  
introducción y notas de  
FRANCISCO SARO GANDARILLAS



1999

CIUDAD AUTÓNOMA DE MELILLA  
CONSEJERÍA DE CULTURA, EDUCACIÓN, JUVENTUD, DEPORTE Y TURISMO

## ÍNDICE

### – F. Saro Gandarillas

Sagasta. Melilla. Cuba. Morote: un periodista en la estela de las campañas militares de finales del siglo XIX .....	9
1. Los contextos político y económico .....	11
1.1 El contexto político: el «gobierno de notables» .....	11
1.2 El presupuesto de la paz .....	12
2. La guerra de Margallo .....	13
2.1 Antecedentes de la primera guerra del Rif .....	13
2.2 Repercusión en España .....	15
2.3 Primer período en Melilla: el mando del general Margallo .....	16
2.4 Moret, o la diplomacia ante todo .....	20
2.5 Tres días de octubre .....	22
2.6 El gobierno se conmueve .....	23
2.7 Segundo período: el mando del general Macías .....	24
2.8 Tercer período: el mando del general Martínez Campos .....	26
3. La embajada de Martínez Campos a Marrakech .....	29
3.1 Un Sultán lejano e impotente .....	29
3.2 La embajada a Marrakech .....	31
4. Balances y consecuencias de la guerra de Margallo .....	34
4.1 Cuenta de resultados .....	34
4.2 La guerra de Margallo, preludeo de la de Cuba .....	35
5. El autor y la prensa .....	38
5.1 La prensa en Melilla .....	38
5.2 Luis Morote y Creus .....	43
5.3 Morote en Melilla .....	44
5.4 Morote en Marruecos .....	47
5.5 Morote en Cuba .....	48
5.6 De republicano a liberal .....	49

### – Luis Morote y Creus

Sagasta. Melilla. Cuba. Edición facsímil con anotaciones al texto de Francisco Saro Gandarillas .....	55
---	----

SAGASTA. MELILLA. CUBA. MOROTE.  
UN PERIODISTA EN LA ESTELA DE LAS CAMPAÑAS  
MILITARES DE FINALES DEL SIGLO XIX

## **1. Los contextos político y económico**

### **1.1. El contexto político: el «gobierno de notables»**

El 9 de diciembre de 1892 volvía Sagasta al poder tras un periodo de dos años y medio en manos de los conservadores, dejando a estos últimos divididos entre los seguidores de Cánovas y de Silvela. El nuevo gobierno liberal de Práxedes Mateo Sagasta estaba repleto de personajes con peso en el partido, por lo que recibió el nombre de «gobierno de notables», y por lo mismo con probabilidad de no fácil avenencia entre ellos. Quedó la cartera de Estado en manos del Marqués de la Vega de Armijo; la de Gracia y Justicia en las de Montero Ríos; Gamazo, el portavoz de los latifundista castellanos, recibió la de Hacienda; el general López Domínguez la de Guerra; don Venancio González la de Gobernación, quedando Moret con la de Fomento; todos curtidos en las lides gubernamentales. El contraalmirante Cervera recogió la de Marina, aunque por poco tiempo, pues tres meses más tarde pasaría el cargo al vicealmirante Pasquín, y algún tiempo des-

pués, por pasar su titular a presidir el Congreso, se haría cargo interinamente de la cartera de Estado el que ya lo era de Fomento, Moret. También Montero Ríos abandonaría el gobierno unos meses más tarde, dejando su cartera en manos de Ruiz Capdepón. En Ultramar se haría notar a corto plazo una joven promesa de la política, llegado de la mano de Gamazo, Antonio Maura, cuya figura llenaría con su presencia las vicisitudes de la España alfonsina hasta su muerte en 1925.

El poder le llegaba a Sagasta en la cuesta abajo de su trayectoria vital, como habría de ponerse de manifiesto a no muy largo plazo, primero con la llamada «cuestión de Melilla», y más tarde con los sucesos de Cuba.

Entre los ministros de su gobierno, Germán Gamazo, obsesionado con el equilibrio del presupuesto, de déficit crónico, tenía su mirada puesta en el recorte de gastos y en el reajuste de servicios ministeriales.

Interinando el ministerio de Estado, don Segismundo Moret seguía con su anterior idea de hacer que España empezara a contar algo dentro del núcleo de potencias con peso específico propio en el mapa europeo, relanzando para ello el papel de la diplomacia española, decaída desde muchos años antes. Como ministro de Estado del primer Gobierno de la Regencia, receloso de Francia, había colocado a España, aunque el hecho no se hizo público, en la esfera de la Triple Alianza (Austria-Hungría, Alemania e Italia), sin perder por ello la amistad con Inglaterra, en donde había estado de embajador durante el corto reinado del rey Amadeo. Moret creía todo aquello que se hiciera por preservar el frágil equilibrio mediterráneo no era esfuerzo baldío. En aquella época Francia había ocupado Argelia y Túnez, y tenía su mirada puesta en el inestable Imperio magrebí, a quien ya disputaba los poco definidos confines argelomarroquíes.

## 1.2 El presupuesto de la paz

El ministro de la Guerra, general López Domínguez, influido

sin duda por la determinación de Gamazo de recortar gastos a todo trance, y con la perspectiva de una época dilatada sin conflictos bélicos internos y externos, presentó el llamado presupuesto de la paz, un presupuesto en el que los gastos quedaban disminuidos en cerca de un 5%, aunque, dado que los presupuestos generales también habían sido reducidos en casi todos los servicios ministeriales, los gastos militares siguieron representando el 17-18% del total. No pudiendo reducir el abultado número de jefes y oficiales, ni disminuirles sus haberes, estaba claro que el ahorro solamente podía hacerse sobre el número de contingentes de tropa, sobre las adquisiciones de armamento y material, y sobre las consignaciones para ejercicios de prácticas.

En un presupuesto del Ejército cuya cuantía mayor se dedicaba a gastos de personal, y con una carencia endémica de medios modernos de combate, esta reducción solo podía ir seguida de una consecuente pérdida de eficacia. Así lo veía, en aquel momento, Gonzalo de Reparaz: «Este voluntario apartamiento de las cosas del mundo, especie de vida monástica a que España se retiró, renunciando a todo, encontró su fórmula en el Presupuesto de la Paz. La primera víctima fue el ejército. »<sup>1</sup>

## **2. La guerra de Margallo**

### **2.1. Antecedentes de la primera guerra del Rif**

En este contexto político se producen los hechos del otoño de 1893 que han pasado a los manuales de historia como la primera guerra del Rif o, mas coloquialmente, guerra de Margallo, por el nombre de quien fue principal víctima y protagonista.

Hasta época reciente se ha venido escribiendo sobre esta campaña militar como si fuera una reedición, en tono menor, de la campaña de Tetuán de 1859-60.

Nada más lejos de la realidad.

Por lo contrario, ni Sagasta, por razones de política interior y partidaria, además de su decrecido tono vital; ni Moret, por razo-

nes de política exterior, obsesionado con la postura que adoptaría Inglaterra en caso de un conflicto en Marruecos, pues amenazaba con ocupar Tánger en el caso de que España ( o Francia ) dieran un paso más allá de sus territorios africanos, poniendo en marcha un proceso de incalculables consecuencias; ni Gamazo, por las mentadas razones presupuestarias; ni López Domínguez, a remolque de los otros tres, con el flamante presupuesto de la paz recién estrenado; ninguno de ellos tenía el más mínimo interés en suscitar una situación de polémica con el vecino país, en el que España nada tenía que ganar y mucho que perder, cuando las potencias europeas hacían verdaderos esfuerzos diplomáticos para no poner en peligro el inestable *statu quo* tácitamente aceptado por todas desde algunos años antes.

Y como no quisieron aceptar el reto militar que las kabilas rifeñas lanzaron sobre los límites del territorio de Melilla nada parecido hubo entre los combates en la zona de Yebala y los sucesos de Melilla, salvo alguna balumba propia de estas situaciones promovida por la prensa, la opinión pública y algún que otro aparato militar no raro cuando se trataba de cuestiones que supuestamente afectaban al honor de la Nación.

Los hechos ocurridos el 2 de octubre de 1893 cogieron al Gobierno de sorpresa, más por la gravedad de los mismos que por la novedad del suceso, acostumbrada Melilla en los últimos años a continuos percances de variada entidad, en los que nunca se pasaba de un límite discreto.

El origen de la campaña estuvo motivado por la insistencia de las autoridades militares españolas en construir un fuerte en las cercanías de la frontera con Marruecos, y en la proximidad de un morabo entonces muy celebrado por las kabilas rifeñas, en contra del parecer de estas que alegaban que el fuerte dominaba el santuario, ofendiendo al devoto musulmán con las indiscretas miradas del cristiano sobre los fieles, sobre todo mujeres, que acudían a los entierros en el cementerio aledaño y a los rezos en la tumba del venerado Sidi Guariach.

La diatriba se establecía entre la manifestada facultad de los